

“LAS VELAS DURMIENDO EN PROFUNDO SUEÑO”

VERSIONES DE LA NOCHE TRISTE
EN DOS CRÓNICAS MESTIZAS

María Inés Aldao

Acerca de las crónicas mestizas

Dentro del heterogéneo grupo de las llamadas “crónicas de Indias” coexisten varios subtipos cuyas peculiaridades no han sido desentrañadas en su totalidad. Es el caso de las crónicas mestizas, a las que se suele considerar meros desprendimientos de otras, como las de tradición occidental o, más particularmente, las crónicas misioneras.¹ Sin embargo, corresponden a un tipo de discurso distinto que, si bien presenta similitudes temáticas, ideológicas y retóricas con otros textos, conforma un sujeto de enunciación complejo y disímil.

En *Historia de la literatura náhuatl* (1953) Ángel María Garibay propone que las crónicas mestizas son aquellos textos de la literatura colonial que incorporan elementos de las tradiciones indígena y occidental, independientemente del origen étnico del cronista. Este

1 En mi investigación doctoral propongo el concepto “crónicas misioneras” para aquellos textos coloniales escritos por frailes franciscanos que misionan en Nueva España desde mediados a fines del siglo XVI (época especialmente propicia para dicha escritura pues abarca desde los inicios de la evangelización hasta los primeros signos de su decadencia), producidos no con el objetivo de transmitir las peculiaridades de la Nueva España (aunque esto aparezca en los textos) sino para mostrar la labor de la Orden de los Frailes Menores y el supuesto éxito de la evangelización. En estas crónicas el enunciador subraya y defiende su lugar de pionero de la evangelización novohispana, *locus* que no se encuentra en las crónicas escritas por otros frailes. Son textos en los que coexisten complejamente la descripción y la argumentación, la tradición indígena y la occidental, el relato etnográfico y el propagandístico de la orden. En cierto sentido, son textos “desobedientes”, en tanto desatienden, en gran medida, el relato de la historia de los indígenas a convertir para dedicarse a la historia del proceso de evangelización, intercambiando, de esta manera, relato del pasado por relato del presente (Aldao, 2018).

planteo es pionero en la idea de que la adjetivación como “mestizas” no tiene que ver con la procedencia del cronista, propuesta *a posteriori* retomada por casi la totalidad de la crítica. Martin Lienhard, siguiendo a Garibay, señala que estas crónicas son un “grupo de textos que casi independientemente del origen étnico de sus autores, reelaboran materiales discursivos o reales de la historia americana a través de unos procedimientos narrativos (verbales y/o pictográficos) de tradición heterogénea (indígena y europea)” (1983: 105). Son mestizos, entonces, el tipo de material utilizado para el relato (crónicas de tradición occidental, códices, oralidad, testimonios) y las operaciones (provenientes de y adquiridos por distintas tradiciones) con que esos materiales son incorporados en cada crónica. De esta manera, corresponden a la crónica mestiza textos tan disímiles como *Relación de Texcoco* (1582) del mestizo texcocano Juan Bautista Pomar, *Historia de la Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme* (1581) del dominico Diego Durán, *Historia general de las cosas de la Nueva España* del franciscano Bernardino de Sahagún (ca. 1585) y *Comentarios Reales* (1609-1616) del Inca Garcilaso de la Vega, por nombrar algunos ejemplos. Son desiguales en tonalidad y postura enunciativa aunque similares en su afán por acudir a distintos tipos de fuentes (occidentales e indígenas), en algunos tópicos siempre presentes y en la diversa utilización de recursos discursivos.

Las crónicas mestizas ponen en escena una tensionada convivencia de tradiciones y exhiben una peculiar conformación del sujeto de la enunciación, que se presenta desde un lugar que no corresponde por entero al del colonizador ni al del colonizado, manifestando, de esta forma, una compleja heterogeneidad retórica. Este sujeto de la enunciación que se descentra al traducir e interpretar lo que antes conocía como su propia cultura en términos de la cultura anteriormente ajena, en su intento por adecuarse a una sociedad que lo absorbe y rechaza, a la vez, se posiciona en una situación *nepantla*²

2 La *Historia* de Diego Durán incluye una interesante anécdota. Cuenta el enunciatador que, al reprender a un indígena por haber celebrado una fiesta en la que, sospechaba, se habían realizado rituales idolátricos, dicho indígena responde: “Padre, no te espantes pues aun estamos nepantla”. Y agrega: “Y como entendiésemos lo que quería decir por aquel vocablo que quiere decir, estar en medio, e insistí me dijese qué era aquel en que estaban. Me dijo que, como no estaban aún bien arraigados

que permea en un discurso atravesado por las tradiciones indígena y occidental, tradiciones que ingresan en grados distintos en cada uno de los textos. En estas crónicas el discurso transcultural es representado en, al menos, dos tácticas: por un lado, la paradoja que supone el panegírico del pasado indígena y del presente colonial; por el otro, la justificación de la conquista del territorio que incluye, entre otras tantas omisiones, el silenciamiento en torno a la violencia producida por dicha conquista. El concepto refiere a una retórica especialmente manifiesta en el uso que realiza el enunciador del pasado indígena, de las omisiones en torno al relato de la conquista y de la evangelización y de la descripción del “presente” colonial, retórica que difiere entre unas y otras crónicas, pero que resulta fundamental para comprender su particular *locus* enunciativo.

El abordaje crítico de las crónicas mestizas comete muchas veces el error de considerarlas un grupo de textos que reiteran perspectivas ideológicas, retóricas y temáticas, como si sus cronistas tuviesen la misma mirada sobre los pueblos amerindios, la llegada de los españoles, la evangelización o los distintos episodios relativos a la conquista de América. Sin embargo, si bien algunas de estas crónicas pueden resultar en ciertos niveles similares (nunca idénticas) a las de tradición occidental, las diferencias con estas y entre sí son innumerables y requieren de una revisión atenta. Como ejemplo de esta disimilitud, en esta oportunidad me ocupo de un episodio significativo de la conquista de México, la llamada Noche Triste, en las crónicas mestizas *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo,³

en la fe, que no me espantase la manera que aún estaban neutros, que ni bien acudían a la una ley ni a la otra, por mejor decir que creían en Dios y que juntamente acudían a sus costumbres antiguas y del demonio, y esto quiso decir aquel en su abominable excusa de que aún permanecían en medio y estaban neutros” (1984, Tomo I, Capítulo VII: 234). Esta conocida anécdota resulta fundamental para pensar en el *locus* enunciativo de estas crónicas, sobre todo al concebir el “estar en *nepantla*” como un espacio de contradicción (Pastor, 1999: 434), de inestabilidad, de inadecuación. De la anécdota de la *Historia* de Durán se desprende que el *locus* característico de la crónica mestiza es de resignación a la inadecuación, al cambio no buscado ni deseado.

3 Diego Muñoz Camargo (Tlaxcala, 1529-ca. 1599) escribe en principio la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, obra que le fue encargada por nobles tlaxcaltecas y que responde a la Instrucción y Memoria distribuida por el Consejo de Indias en 1577. El mismo Muñoz entrega en mano a Felipe II su texto en 1585. Esta obra es el punto de partida de *Historia de Tlaxcala*, crónica que se edita por

escrita entre 1584 y 1592, e *Historia de la conquista* de Cristóbal del Castillo,⁴ finalizada hacia 1599. Propongo un análisis contrastivo que atienda al posicionamiento enunciativo y a algunos de los elementos que lo conforman: la adscripción étnica y, en relación con esto, los objetivos de cada cronista, qué historia cuenta el enunciadador y desde qué lugar lo hace. De esta manera, intentaré demostrar algunas de las muchas y muy relevantes diferencias que tienen las crónicas mestizas y que iluminan el análisis de los textos del período. Este complejo posicionamiento enunciativo ante la conquista de México encuentra en las Historias de Muñoz Camargo y Del Castillo un ejemplo significativo ya que constituyen las posturas más antagónicas sobre conquista y conquistador del subgrupo de las crónicas mestizas.

Versiones de la Noche Triste

Cuando todo estaba en silencio y sosegados,
y las velas durmiendo en profundo sueño,
comenzaron a marchar
con el mayor secreto del mundo.

Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*.

El sintagma “Noche Triste” aparece por primera vez en *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara: “Fue aciago el día, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y

primera vez en 1891, al hallarse una copia de la misma en la Biblioteca Nacional de París.

4 Se desconoce a qué pueblo perteneció Cristóbal del Castillo (ca. 1526-ca. 1604) y si fue indígena o mestizo. De sus crónicas *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos* (1597-1600) e *Historia de la conquista* (1596-1599), escritas en náhuatl, se han hallado escasos fragmentos que se conservan en el Fondo de Manuscritos Mexicanos de la Biblioteca Nacional de París. Francisco del Paso y Troncoso fue quien tradujo y publicó la obra por primera vez en 1908. Casi la totalidad de la obra se ha perdido durante el siglo XIX. De *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos* (texto en el que relata la “peregrinación” de los pueblos hasta la fundación de Tenochtitlan) se conservan algunos párrafos referidos a los orígenes de los mexicanos y su “peregrinación” hacia Tenochtitlan. De *Historia de la conquista* se conocen el “Prólogo del autor” y fragmentos sobre el avance de los españoles y llegada a la ciudad, la Noche Triste, la caída de México, el arribo de los primeros frailes franciscanos y el calendario prehispánico.

amigos” (1979: 221) y remite a la fallida huida de México por parte de los españoles que significó su derrota a manos del ejército mexicana. Tuvo lugar entre la noche del 30 de junio y la madrugada del 1 de julio de 1520, en las afueras de Tenochtitlan, hoy Ciudad de México. La Noche Triste surgió a raíz del sitio con el que los mexicas redujeron a los españoles luego de los eventos producidos en la Matanza del Templo Mayor, matanza que el narrador de *Historia de Tlaxcala* elide por completo y troca por alabanza constante a quien la produjo, Pedro de Alvarado.⁵

En *Historia de Tlaxcala*, Diego Muñoz Camargo, intérprete e historiador mestizo, destaca la ayuda prestada por su pueblo durante la empresa de conquista como reclamo de privilegios para sí y para la nobleza tlaxcalteca. El enunciador se presenta como voz autorizada para realizar dicha demanda a través de su claro posicionamiento del lado del español (“nosotros”, “los nuestros”, “nuestros españoles”, dirá en innumerables oportunidades) y su pertenencia a la historia del pueblo materno al que restituye su carácter de vencedor, nexos con lo indígena que a lo largo del texto releva, transforma, elide. En su crónica relata esta historia que no se ha contado sobre Tlaxcala basándose en fuentes orales y escritas, de tradición indígena y occidental.⁶ Diferente es el caso de la *Historia de Cristóbal del Castillo*. No encontramos allí una clara adscripción étnica ni ésta puede deducirse de la lectura,⁷ aunque se desprende del texto que Del Castillo no era mexicana. Por esto, el enunciador no exige privilegios personales ni colectivos sino que pretende reivindicar el lugar de los pueblos no mexicas en la historia de México, denunciar la

5 Un ejemplo del distinto posicionamiento enunciativo en ambas crónicas es que mientras *Historia de Tlaxcala* refiere a Pedro de Alvarado como “después del capitán Hernando Cortés no hubo hombre más querido ni amado de los naturales que don Pedro de Alvarado, especialmente entre los de Tlaxcala” (Muñoz Camargo, 1998: 192), la *Historia de la conquista* alude al conquistador como “el malvado capitán Tonatiuh” (Del Castillo, 2001: 139). De él también dice este enunciador que “el corazón de Pedro de Alvarado era malvado” (Del Castillo, 2001: 137).

6 Remite, por ejemplo, a las crónicas de Cortés, López de Gómara, Motolinía, Mendieta, Sahagún, entre otras.

7 Para algunos críticos, pertenecía a algún pueblo del área de Texcoco (Pastrana Flores, 2009: 255). Para otros, probablemente era un indígena o un mestizo con cultura indígena que habla en nombre de algún pueblo del Valle de México para demostrar el carácter tirano de los mexicas (Navarrete Linares, 2001: 13).

tiranía a la que se vieron sometidos y que, con la conquista y aunque de diversa forma, continuó.⁸

El relato de la Noche Triste según la Historia de Muñoz Camargo se despliega siguiendo la misma estructura que en otras crónicas tanto mestizas como de tradición occidental: huida en silencio de los españoles, grito de una mujer que los ve escapar, arremetida inmediata y feroz de los mexicas, cruenta batalla en las calzadas de la ciudad y salida de Tenochtitlan de los pocos españoles y tlaxcaltecas que logran sobrevivir. Muñoz Camargo sigue la versión española como si fuese un soldado más, pero incluye la voz del indígena e información proveniente, sin dudas, de la tradición oral y recogida por otros cronistas mestizos. Hace hincapié en que los españoles y sus “amigos tlaxcaltecas” (eufemismo utilizado a lo largo de toda la crónica), escapando temerosa y cuidadosamente por la calzada de Tacuba, hacen lo posible por no ser sentidos. La “vieja” que los descubre es descripta por el narrador como “el demonio” y su grito resulta una profecía:

¡Ea mexicanos! ¿Qué hacéis? ¿Cómo dormís tanto que se os van los dioses que tenéis encerrados? ¿Qué hacéis hombres descuidados? Mirad no se os vayan, tornad por vosotros y matadlos y acabadlos porque no se rehagan y vuelvan sobre vuestra ciudad con mano armada (Muñoz Camargo, 1998: 216).⁹

8 Las fuentes que utiliza Del Castillo en su crónica no son claras. La única mención explícita a una fuente escrita es al calendario prehispánico, que puede referirse a una recopilación hecha por los frailes franciscanos en los primeros años después de la Conquista, como fray Toribio de Motolinía o Andrés de Olmos (Navarrete Linares, 2001: 66). Otra fuente posible es el Libro XII de Sahagún, fundamentalmente el capítulo dedicado a la llegada de los doce franciscanos, pero no en lo referente a la Noche Triste. Del Castillo no parece haber tenido acceso a códices pictográficos pero sí de su texto se desprende información proveniente de la tradición oral y de fuentes escritas en alfabeto latino.

9 El Libro XII de Sahagún refiere a la anciana mujer que alerta a los mexicas sobre la huida de los enemigos: “Cuando esto aconteció llovía mansamente, pasaron cuatro acequias: y antes que pasasen las demás salió una mujer a tomar agua, y viólos cómo se iban: y dio voces diciendo: ah, mexicanos, ya vuestros enemigos se van: esto dijo tres o cuatro veces. Luego uno de los que velaban, comenzó a dar voces desde el cu de Vitzilobuchtli, en manera que todos le oyeron dijo. Ah valientes hombres, ya han salido vuestros enemigos, comenzad a pelear que se van” (2016: 116-117).

En esta cita los españoles son dioses y los mexicas, sus carceleros. El grito anuncia la futura guerra sobre México y el descuido de los mexicas anticipa su derrota final. Dicha derrota se debió, en gran parte, no a la ambición y consecuente despreocupación por las armas, como señala Del Castillo,¹⁰ sino a la violencia de los mexicas y a las particulares condiciones de la ciudad: acequias, lagunas, ciénagas, pantanales “teñidas y vueltas en pura sangre” (Muñoz Camargo, 1998: 217) que convierten y pervierten a Tenochtitlan. Ya no será esta la ciudad magnificente que describen las crónicas de tradición occidental,¹¹ sino trampa siniestra y escena del desastre, cubierta de cuerpos, gritos y sangre. Según el enunciador, “verlo era la cosa más horrible y espantosa que se vio jamás [...] una de las más sangrientas peleas y batallas que jamás en el mundo se ha visto” (Muñoz Camargo, 1998: 216-217) y aclara que la lucha fue de “los nuestros” contra “los leones fieros, encarnizados y hambrientos” mexicas que combaten con ira, ímpetu y furia. Tanto es el horror que “no se puede con palabras ni por pluma encarecer” (Muñoz Camargo, 1998: 217). El discurso del enunciador se detiene en el pavor vivido por los españoles, quienes no atacan sino que solo se defienden del ataque sorpresivo, artero (clara respuesta a las versiones indígenas de la matanza del Templo Mayor), en el que, dice, mueren cuatrocientos cincuenta de ellos y cuatro mil “amigos de Tlaxcala”, dato importante si se tiene en cuenta la invisibilidad de este pueblo en la historia de la conquista y el lugar que el enunciador pretende restituirle. En tanto, el uso de la metáfora, recurrente durante todo el texto, parece exacerbarse en el relato de la Noche Triste (“las velas durmiendo en profundo sueño”, “parecía que el mundo se acababa” (Muñoz Camargo, 1998: 216), entre otras) particularmente al narrar el momento del feroz encontronazo. Estas metáforas dan cuenta de

10 La única referencia que hace Muñoz Camargo al oro de Motecuhzoma es que Cortés mandó fundirlo recién cuando muere el *tlatoani* y que los encargados de transportarlo eran los tlaxcaltecas (1998: 220). La versión de Cristóbal del Castillo en su *Historia de la conquista* difiere enormemente.

11 Fundamentalmente, la *Segunda carta de relación* de Hernán Cortés y la *Historia verdadera* de Bernal Díaz. Como señala Añón, algunas crónicas mestizas relegan Tenochtitlan a un lugar más periférico en pos de su objetivo: brindar la historia de cada pueblo y mostrarlo como comunidad preparada para la evangelización. Dice Añón: “se trata de narrar a Tenochtitlan como una más, en reunión y concate-nación con otras urbes del centro de México” (2012: 86).

la perplejidad de ambos bandos y del carácter definitorio de esa batalla, una bisagra en la historia tanto de los tlaxcaltecas y mexicas como de los españoles.¹²

Para el enunciador de *Historia de Tlaxcala*, la Noche Triste es una encerrona fatal que permite a los españoles dar muestras de su valor y ferocidad en las peores circunstancias, en la que luchan mano a mano contra los “cruels” mexicas junto a los tlaxcaltecas, gesto que reafirma el carácter providencialista de dicha amistad. El relato de este episodio se propone situar al enunciador del lado de los vencedores españoles pero, también, de los fieles aliados tlaxcaltecas quienes son los únicos merecedores de forjar con ellos una alianza histórica. En definitiva, desde una versión que sigue más de cerca las crónicas de tradición occidental, pero que aún, a su vez, la retórica indígena y la mirada tlaxcalteca mediante el relevamiento del papel de aquel pueblo junto a Cortés, Muñoz Camargo subraya aquello que le interesa (y, piensa, debería interesar) relatar, además del derrotero de los conquistadores: quiénes son los verdaderos enemigos de Tlaxcala y enemigos, también, de los españoles. Es decir, la herencia de la enemistad de Tenochtitlan es un argumento más para recordar la alianza que, en todo momento, intenta afianzar.

“Como si la tierra temblara”

En cambio, en *Historia de la conquista* de Cristóbal del Castillo se versiona la masacre del Templo Mayor y la Noche Triste con un particular modo de contar la historia, sin la rispidez discursiva que caracteriza en su mayoría a las crónicas coloniales. El detalle incesante y las constantes reiteraciones, típicas de su lengua original, el náhuatl, convierten la crónica en un texto del período muy singular.

Este relato de la Noche Triste se despliega siguiendo la misma estructura que el de la Historia de Muñoz Camargo: huida de los españoles, grito de advertencia de una mujer, llegada de los mexicas a las acequias e inicio de la batalla (feroz para Muñoz Camargo, casi justificada para Del Castillo). Sin embargo, el enunciador narra desde

12 Muñoz Camargo hace hincapié en la multitud de mexicas que atacaron a españoles y tlaxcaltecas: “tantas gentes”, “no cabían unos ni otros”, “multitud”, “gente tan innumerable” (1999: 216-217), generalización que contrasta con los números específicos que brinda sobre los fallecidos del lado de los “nuestros”.

una perspectiva más cercana a la tradición indígena, casi como un espectador de la lucha que, desde las barcas de los mexicas que se amontonan en las acequias, observa el encuentro.

Antes de comenzar el relato de la huida de Tenochtitlan, recuerda la matanza del Templo Mayor, suavizada, hasta elidida, por Muñoz Camargo, en la que los españoles “mataron a mansalva [a los mexicas] cuando les ordenaron falsamente que hicieran su fiesta” (Del Castillo, 2001: 139), relato con el que anticipa su posicionamiento. De hecho, en el capítulo 39 el narrador recuerda que cuando “primeramente entraron los españoles aquí a México [...] atacaron como antes al ser de los mexicas cuando hacían fiesta” (Del Castillo, 2001: 149). Hace hincapié en que, antes de escapar, los españoles vaciaron el palacio de Motecuhzoma, ya que únicamente aprecian el oro y la plata: “se llenaron las bolsas, hasta la boca las llenaron de oro y plata. No se fijaron para nada en los preparativos de la guerra, pues empacaron todo el oro y la plata y llenaron sus bolsas” (Del Castillo, 2001: 141). Mientras que según la versión de Muñoz Camargo los descuidados eran los mexicas, en cambio, el enunciador de *Historia de la conquista* da cuenta de la improvisación española, la ambición agravada por la jactancia y la impunidad del hurto. El cuerpo del español se recubre de oro que, paradójicamente, será el motivo principal de su muerte, tanto que deciden alivianar dicha carga solo en el momento en que deben optar por el oro o por su vida. Dice el narrador que “fue a causa de todo el oro y la plata que habían cargado sobre sus espaldas, con el que llenaron sus bolsas, que se hicieron pesados, que se hundieron en el agua” (Del Castillo, 2001: 147), eximiendo así a los mexicas de la crueldad o, al menos, minimizando la ferocidad que sí describen otras crónicas. A causa de los españoles, Tenochtitlan se convierte en trampa siniestra y escena del desastre, cubierta de sangre, conmovida “como si la tierra temblara” (Del Castillo, 2001: 147).¹³ No obstante, en *Historia de la conquista* quienes perpetraron el desastre fueron los españoles en lugar de, siguiendo a *Historia de Tlaxcala*, la crueldad mexicana.

13 Nótese la similitud con los siguientes versos del poema “Canto al son del tepozatl”: “Tiembra la tierra. / Da principio a su canto el mexica, / con él hace bailar a águilas y jaguares. (...) Donde resuenan los cascabeles / hace perecer a los otros el mexica chichimeca, / niebla de escudos viene a extenderse” (León-Portilla, 2011: 405, vv. 1-3, 11-13).

De alguna manera, Del Castillo restituye, al igual que Muñoz Cargado, el papel de los tlaxcaltecas en la historia y los describe no como enemigos de los mexicas sino como pueblo sujeto a los españoles y, por esto, y aunque a otro nivel, víctima de ellos. Señala, por ejemplo, que eran los encargados de llevar las tarimas y arrastrar el cañón (dado que los españoles cargaban los lingotes y ladrillos de oro que habían fundido), de guiar a los españoles y de marchar a la vanguardia. Y explica que quienes lograron escapar fueron aquellos que estaban en la retaguardia, pues pasaron por sobre los cuerpos de los tlaxcaltecas, otros aliados indígenas, algunos españoles y caballos que anegaban el canal (Del Castillo, 2001: 147).

En este relato de la Noche Triste, Del Castillo exagera el uso de la metáfora de claro tenor auditivo, particularmente al narrar el momento del encontronazo: “nadie alzaba la voz, nadie hablaba fuertemente” (Del Castillo, 2001: 143), “Sonó claramente el llamado”, “La multitud de guerreros daba gritos, se daban alaridos” (Del Castillo, 2001: 145). Este es otro elemento propio de la tradición indígena, en la que resulta tan importante la música y el sonido, y una imagen muy propia de la crónica misionera, fundamentalmente al narrar, entre la fascinación y el espanto, las festividades autóctonas. Para Del Castillo, la Noche Triste es una muestra más del accionar español: la crueldad del Templo Mayor anticipa la cobardía de la huida y los españoles son víctimas, no de los mexicas, sino de su ambición.

Este relato no se encuentra en las crónicas misioneras como *Historia de los indios de la Nueva España* (1541) de Toribio de Benavente Motolinía o *Historia eclesiástica indiana* (ca. 1597) de Gerónimo de Mendieta, textos que eliden episodios relativos a la conquista que serían incómodos de narrar para los frailes franciscanos. En cambio, la Noche Triste sí se halla en otras crónicas de tradición occidental como *Segunda carta de relación* (1522) de Hernán Cortés, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568) de Bernal Díaz del Castillo e *Historia de la conquista de México* (1552) de López de Gómara, en las que se la representa como trampa siniestra pergeñada por los mexicas. Esto se debe a que el enunciador de estas crónicas debe justificar la conquista en tanto posibilitadora de la introducción de la fe transformando al “otro” enajenado por la crueldad en la guerra a un pacífico y sumiso converso. La omisión o tergiversación de este relato funciona como táctica de pasaje de

un mundo indígena a un mundo cristiano, pasaje representado sin disputas, sin ruptura, sin caos.

Coda

El análisis de la Noche Triste en las Historias de Del Castillo y Muñoz Camargo evidencia varias características y disimilitudes de las crónicas mestizas. En dicho relato se ponen en escena los objetivos de los enunciadores, a saber, el de reivindicar a los pueblos no mexicas (*Historia de la conquista*) y el de resaltar el papel indispensable de los tlaxcaltecas para la conquista de México (*Historia de Tlaxcala*). Entonces, si la historia “oficial” invisibiliza el papel y los sucesos perpetrados por los indígenas durante la conquista, relatos como el de la Noche triste en estas dos crónicas son indispensables como gesto de reivindicación y reposicionamiento. De esta manera, las versiones de este relato, como las de tantos otros presentes en las crónicas, sirven a los cronistas para alertar respecto de qué es lo que se cuenta, a quiénes se panegiriza y glorifica y, fundamentalmente, por qué se aparta de la historia o se representa como epítome de brutalidad a los indígenas. Además, ponen de manifiesto la reelaboración de materiales y posiciones simultáneas (Adorno, 1995) de la crónica mestiza que hace uso de relatos orales y fuentes escritas y de una retórica discursiva proveniente tanto de la tradición occidental como de la indígena.

A pesar de que no se perciba a simple vista, las crónicas mestizas conllevan un reclamo velado, es por esto que no pueden ser leídas como meras fuentes de información y sí deben ser interpretadas como “discursos de persuasión” (Poupeney Hart, 1992: 124). Llevan inscriptas el éxito (quien escribe en la sociedad colonial pertenece necesariamente a un estatus medianamente cómodo) y el fracaso (el temor por la pérdida del pasado y de la memoria tematizado como pérdida). Sin ser del todo textos “combativos” (el cronista mestizo es, de por sí, un sujeto que debe acatar las normas de un universo impuesto y esa sensación de pérdida u orfandad recorre los textos), las crónicas mestizas son un tipo de escritura reivindicativa, aunque no se explicita *a priori* esa adhesión a la tradición indígena. En este sentido, podemos considerarlas textos que, en sus dificultades

sincréticas, en su inexistencia de armonía, en sus mismas oscilaciones, manifiestan la diferenciación y el distanciamiento.

El relato reversionado de la Noche Triste delinea dos historias tergiversadas y altamente manipuladas en pos de los objetivos de cada cronista según pretenda reposicionar a Tlaxcala en un presente colonial en el que pueda gozar de los beneficios que merece o evidenciar que dicho episodio fue narrado por la tradición occidental de manera tendenciosamente elusiva y falseada. Las operaciones de reescritura en relatos como este son ejemplo de la importancia de (re)leer las crónicas mestizas con una mirada atenta a sus peculiaridades, a los procedimientos de re-versión y a las lecturas que sobre ellas se han hecho.

Bibliografía

Adorno, R. (1995). “Textos imborrables: posiciones simultáneas y sucesivas del sujeto colonial”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 21, no 41, 33-49. Lima, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.

Aldao, M. L. (2018). *Cruces culturales, resistencias y apropiaciones: las crónicas mestizas y misioneras del México colonial (siglo XVI)*. Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires.

Añón, V. (2012). “Tramas de la violencia”. En *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la conquista de México*. Buenos Aires, Corregidor.

Del Castillo, C. (2001). *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. México, Conaculta.

Cortés, H. (2010). *Segunda Carta*. En Añón, V. (ed.) *Segunda carta de relación y otros textos*. Buenos Aires, Corregidor.

Díaz del Castillo, B. (2011). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid, Real Academia Española.

Durán, D. (1984). *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*. México, Porrúa.

Garcilaso de la Vega, Inca (1976). *Comentarios reales de los Incas*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Garibay, Á. M. (1953). *Historia de la literatura náhuatl*. Tomo I. México, Porrúa.

León-Portilla, M. (ed.) (2011). *Cantares mexicanos*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Lienhard, M. (1983). “La crónica mestiza en México y en Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 9, no 17, 105-115. Lima, Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar.

López de Gómara, F. (1979). *Historia de la conquista de México*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.

Mendieta, G. (2002). *Historia eclesiástica indiana*. México, Conaculta.

Motolinía, T. de B. (2014). *Historia de los indios de la Nueva España*. Madrid, Real Academia Española – Centro para la Edición de los Clásicos Españoles.

Muñoz Camargo, D. (1998). *Historia de Tlaxcala*. Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala.

Navarrete Linares, F. (2001). “Estudio preliminar”. En Del Castillo, C., *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. México, Conaculta.

Pastor, B. (1999). *El jardín y el peregrino. El pensamiento utópico en América Latina (1492-1695)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Pastrana Flores, M. (2009). *Historias de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Pomar, J. B. (1891). *Relación de Tezcoco*. En García Icazbalceta, J. (ed.), *Nueva colección de documentos para la historia de México*. Tomo III. Pomar, Zurita, Relaciones antiguas (siglo XVI). México, Imprenta de Francisco Díaz de León.

Poupeney Hart, C. (1992). “La crónica de Indias: intentos de tipología”. En *Revista de Estudios Hispánicos*, no 19, 117-126. San Juan, Universidad de Puerto Rico.

Sahagún, B. de. (2016). “Libro XII de la Historia General de las Cosas de la Nueva España”. En Añón, V. (ed.), *Historia de la conquista de México*. Buenos Aires, Corregidor.

